

Cristianos ortodoxos y maronitas en Yucatán

Doctor Iván Franco*

CENTRO INAH-YUCATÁN
ivan043@yahoo.com.mx

Introducción

La presencia de cristianos ortodoxos y maronitas en el sur de México y en particular en Yucatán remonta hacia las últimas décadas del siglo XIX.¹ Los conflictos del Imperio Otomano en el viejo continente propiciaron, a partir de los años sesenta de ese siglo, expulsiones masivas de población árabe (libanesa, siria y palestina) a distintas partes del mundo. Compuesto por varias nacionalidades árabes dicho Imperio empezaba entonces a desintegrarse, por lo que amplios sectores de población rural y de comerciantes desprotegida encontraron en la emigración un camino seguro para evitar la leva y en todo caso la muerte de sus miembros, familias y comunidades.

Oleadas de grupos árabes cristianos maronitas y ortodoxos, apoyados en la diplomacia turca de la época, encontraron el camino para abandonar su tierra de origen. Se dispersaron entonces por todo el mundo. Centenares arribaron a América (EEUU, México, Brasil, Argentina, Uruguay y Colombia, como destinos más importantes), para



D.R. Sergio Abud/Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas-Fototeca Nacho López. Nahuas de Tzinacapan, Puebla, 1979.

* Investigador CINAH-Yucatán y miembro del SNI.

¹ Albert Hourani *et al*, *The Lebanese in the world a Century of Emigration*, IB Tauris and Co., London, England, 1992; Román López Villicaña, "La expansión del Islam en México", artículo en copia, p. 3; *Arquidiócesis Ortodoxa Antioquena de México, Venezuela, Centro América y Caribe*, En: www.prodigyweb.net.mx/ortodoxia/01-espaniol/03-arquidiocesis/mexico.htm

integrarse en ambientes económicos y culturales distintos a los suyos. Sus procesos de adaptación y mestizaje fueron, por lo general, exitosos.

Hasta donde se sabe, la presencia de musulmanes y cristianos no católicos en México era relativamente escasa a fines del siglo XIX (un grupo musulmán arribó a México con la Intervención Francesa y una década después lo hicieron libaneses),² por lo que la nueva política de apertura y de inspiración liberal del nuevo Estado respecto a la libertad de creencia y culto los acogió en condiciones de: a) fuerte conflicto del Estado juarista con el nacionalismo católico, y b) en una etapa de consolidación del régimen porfirista, un sistema que a la larga terminaría pactando importantes cotos de poder en favor de la vieja guardia católica nacionalista.

I) Arribo de cristianos ortodoxos y maronitas a México

La recepción de inmigrantes sirios, libaneses y palestinos en el México liberal de fines del siglo XIX fue un fenómeno constante hasta la prohibición legal de 1929-1930.³ La mayoría de estos inmigrantes pertenecían a la religión cristiana en sus vertientes ortodoxa y maronita. La “rápida” adaptación de las primeras familias y grupos de “turcos” o “sirio-libaneses” en territorio mexicano se convirtió, a la vez, en la mejor de las correas de transmisión para estimular a nuevos grupos de inmigrantes. Algunos autores coinciden en



D.R. Sergio Abud/Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas-Fototeca Nacho López. Nahuas de Tzicuilán, Puebla, 1979.

que su adaptación a México fue rápida y no sólo cambiaron o “adaptaron” sus nombres y apellidos al nuevo contexto sino que transitaban con cierta rapidez a la religión católica.⁴ No se puede afirmar que el proceso fuese tan terso, no al menos en entidades como Yucatán con fuerte tradición católica.

Entonces eminentemente rural, las tres últimas décadas del siglo XIX significaron para cerca de 90% de la población campesina de México su inserción forzada dentro de la economía hacendaria. Paralelamente, grupos de libaneses, sirios e incluso palestinos se instalaron en entidades como Veracruz, Chihuahua, Tamaulipas, Coahuila, Yucatán, Puebla, entre otros, se colocaron en actividades comerciales primarias (aboneros), también en labores textiles y agrícolas. Algunas familias del ramo textil se convirtieron en unos años en poderosos empresarios, sobre todo en ciudades como Puebla.

Se puede decir que las cinco décadas comprendidas entre 1880 y 1930 representaron para la población de inmigrantes ortodoxos y maronitas un periodo de integración básico a la sociedad y economía mexicanas. En general; no pasaron más allá de un *status* económico “bajo”, mantuvieron vivos sus tradicionales sistemas sociales de culto y reproducción -matrimonios cerrados o endogamia, ritos y tradiciones alimenticias intactas-, si bien como se ha señalado algunas familias despuntaron económicamente a partir de su inserción en actividades textiles y comerciales. Hasta donde pudieron no experimentaron cambios radicales en sus patrones de creencias y, en el caso mexicano, carecieron en general de iglesias organizadas (sacerdote, templo, rutina establecida de culto, literatura religiosa propia y demás), que les permitiera mantener su cohesión religiosa y nacionalista de origen.

² López Villcaña, *op. cit.*, basándose en Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluff autoras de “De Líbano a México: Crónica de un pueblo emigrante” (1995) establece que “...el primer libanés que llegó a México fue Butrus Raful, quien llega con un grupo de inmigrantes españoles y desembarca en Veracruz el año 1878, a éste le siguieron Santiago Sauma en 1879 y se dice que éste fue el precursor de la colonia libanesa de Yucatán”.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, p. 4.



D.R. Sergio Abud/Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas-Fototeca Nacho López. Nahuas de Tzinacapan, Puebla, 1979.

Fue hasta fines de 1943, con la constitución del Comité Pro-Edificación de la Iglesia Ortodoxa de México bajo la presidencia de Amin Aboumrada y la presidencia honoraria del Arzobispo Samuel David, que la comunidad ortodoxa que arribó desde fines del siglo XIX inició en México una nueva etapa cohesiva en torno a su religión originaria.⁵ Ubicada en la Colonia Roma Sur de la Ciudad de México, en su construcción entre 1943 y 1947 jugaron un papel central los señores Alexis, Víctor y Afif Mobayed; fue inaugurada el 14 de septiembre de 1947 y se consagró con el nombre de San Jorge.⁶ Éste fue

un factor clave, entre otros, para el lento pero efectivo proceso de adaptación de la incipiente comunidad ortodoxa de Antioquia al contexto religioso mexicano del siglo XX.⁷

II) Ortodoxos y maronitas en Yucatán

La dinámica impuesta por la Revolución Mexicana a las relaciones sociales creó un nuevo panorama para todas las instituciones, clases y grupos sociales; la Iglesia Católica, después del conflicto cristero, quedó relativamente relegada y una vez más se abrió un espacio político para que otras iglesias incursionaran

en la sociedad mexicana en general y en este caso en la Yucatana. Por diversas circunstancias, quienes mejor entendieron y aprovecharon esta coyuntura fueron los grupos evangélicos ya que, como acá se comenta, la población cristiana ortodoxa y maronita que arribó desde fines del siglo XIX optó por el camino de la integración cultural. Éste fue un proceso continuo y hasta cierto punto exento de conflictos raciales, de intolerancia agravada y por consiguiente de resultados fatales.

Para algunos sectores de esa población árabe que había logrado incrementar sus bienes y recursos de capital, fue además la oportunidad para ampliar la base de sus actividades mercantiles. Al menos en Yucatán, muchos de ellos progresaban en la ciudad capital o bien abandonaban progresivamente las ciudades y villas pequeñas o el medio rural, para instalarse con bases económicas más sólidas en las principales ciudades de la entidad. Mérida y algunos de sus céntricos barrios populares como Mejorada y San Cristóbal fueron, desde luego, los núcleos por excelencia para su asiento, pero también progresaron y se

⁵ Arquidiócesis Ortodoxa Antioquena..., p. web cit.

⁶ Ángel Rodríguez Villagrán *El Ángel de la Web*, Catalunya, España, 1999, señala que "El nombre de Jorge viene del griego y significa: 'agricultor, que trabaja en la tierra'. "A pesar de la popularidad de San Jorge, se conocen muy pocos datos de él, y casi todas sus noticias se basan en leyendas y tradiciones que han pasado de boca en boca a lo largo de los siglos. Todos los historiadores y escritores de libros de santos suelen coincidir en que fue un soldado romano, nacido en el siglo III en Capadocia (Turquía) y que falleció a principios del IV, probablemente en la ciudad de Lydda, la actual Lod de Israel. Sus padres, según la tradición, eran labradores y tenían mucho dinero. En otras versiones de la historia de San Jorge, se dice que su padre era militar y que por ese motivo su hijo quiso seguir sus pasos. Después de unos años en el ejército romano, San Jorge se da cuenta que su verdadero ejército es el de Jesucristo," reparte sus bienes entre los pobres, renuncia a su carrera militar y se enfrenta a las autoridades romanas. Es de destacar que las actas del martirio de nuestro santo se perdieron y solamente podemos saber algo de ellas a partir de la tradición popular. Por tanto, nos encontramos ante el hecho que, pese a existir históricamente un martirio de San Jorge, no se pueden tomar como históricas tales tradiciones. De todas formas, dichas narraciones son un símbolo de los ideales y de las convicciones de aquellos cristianos que lo dieron todo por su fe en Jesucristo. San Jorge sufrió el martirio en la actual ciudad de Lod (Israel) a principios del año 300 en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiliano. Fue el mismo Santiago de la Vorágine que en su obra 'La Leyenda dorada' difundió el martirio de San Jorge."

⁷ *Ibid.* El año 1966 arribó como vicario patriarcal a la Iglesia de San Jorge de la Ciudad de México el actual Arzobispo Antonio Chedrahui quien organizó la comunidad y dispuso los servicios espirituales y eclesiales a todos los ortodoxos, antioquenos o no. En 1996, treinta años después, el vicario Chedrahui fue nombrado Arzobispo metropolitano de México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe, cátedra que encabeza hasta la fecha.

consolidaron quienes no abandonaron los pueblos y ciudades del interior del estado. Hoy día no pocas familias y descendientes árabes habitan en las colonias consideradas “ricas” de Mérida, si bien su composición como clase media es muy extendida.

Paralelamente a esa consolidación económica, entre la población libanesa empezó a expresarse una contradicción cultural sumamente fuerte: México los había acogido y les había permitido sobrevivir como comunidad árabe, pero no habían logrado consolidar condiciones institucionales para que su identidad se mantuviese intacta, viva y fuerte (centros culturales, escuelas básicas, defensa de su lenguaje, universidad, etc.). Es más, las nuevas generaciones de sirios y libaneses nacidos en esta entidad, empezaban a dar signos de sentirse y actuar más como “yucatecos” que como árabes cristianos (ortodoxos y maronitas). Algunos estudios plantean que en general la integración de estas comunidades a México fue muy rápida y que de una generación a otra la población hablante de árabe se perdió en un 70%; ya para la tercera generación (precisamente a mediados del siglo XX) sólo 2.17% hablaba su lengua original y en espacios estrictamente familiares.⁸ Yucatán no está distante de ese proceso e índices.

Entre 1915 y 1938, la comunidad de origen sirio y libanés que habitaba en esta región desde seis y siete décadas atrás había, a su vez, logrado transmitir parte de sus costumbres a la sociedad yucateca o bien aceptaba sin mayor conflicto el calificativo impuesto por las propias condiciones de emigra-

ción; por ejemplo, la expresión “turco” que en sus orígenes tuvo una acepción despectiva, había transitado a una connotación afable y de aceptación dentro de la propia comunidad árabe de la entidad. La nostalgia por el añorado regreso a la tierra de origen también había dado paso, entre los sectores de mayor edad, a la actitud concatenada de resignación, agradecimiento y arraigo por la recepción amable de la

nueva tierra. Un nuevo proceso de mestizaje estaba pues en curso definitivo en la entidad.

Asimismo, el conflicto religioso entre el Estado mexicano y la Iglesia Católica (1917-1929), lejos de representar una coyuntura básica para que la comunidad árabe de mayor edad lograra recuperar con integridad el culto y la identidad cristiana maronita u ortodoxa, significó un momento crítico decisivo en favor de su



D.R. Sergio Abud/Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas-Fototeca Nacho López. Nahuas de Tzinacapan, Puebla, 1979.

⁸ López Villicaña, *op. cit.*, p. 4.

integración. En este periodo los dirigentes comunitarios de mayor rango entendieron que un nuevo horizonte de identidad social y religiosa había marcado ya a sus miembros y descendencia inmediata (hijos y nietos) después de intentar sin éxito una estrategia de recuperación de corte nacionalista. La fuerte asimilación a la cultura mexicana y la pérdida del uso de la lengua materna fueron, entre otros, procesos claves para el traslape de una a otra identidad. Ese hecho se expresó entonces en dos momentos o coyunturas políticas importantes para la sociedad mexicana, donde para el caso de Yucatán tenemos que:

1. La ausencia de sacerdotes católicos y por tanto de actividad religiosa permanente en las iglesias católicas locales (1927-1939) propició que la comunidad árabe yucateca ocupase (mediante renta) estos espacios, en particular el templo católico del barrio de San Cristóbal en el centro de Mérida; en este barrio, de hecho, habitaron hasta principios de la década de 1990 descendientes de familias sirias y libanesas. Intentaron por esos años de la etapa cardenista desplegar una estrategia cultural comunitaria centrada en sus ritos religiosos originales con el fin de recuperar la fuerte idea y mito cristiano de cohesión comunitaria y de hermandad trascendente. Poco en realidad lograron pues pronto comprendieron que dentro de su comunidad existían ya dos identidades religiosas: a) la nostálgica y en declive identidad cristiana ortodoxa, y b) la viva, funcional y práctica identidad católica, esta última marcada por un sentimiento de pertenencia a la cultura yucateca cada vez más natural y fuerte entre las nuevas generaciones.



D.R. Sergio Abud/Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas-Fototeca Nacho López. Nahuas de Tzinacapan, Puebla, 1979.

2. Que la recomposición de las relaciones entre el Estado y la Iglesia Católica a partir de 1941, le permitió a ésta estabilizar sus vínculos con la sociedad yucateca (incluido el segmento sirio y libanés), por lo que las nuevas generaciones empezaron a adoptar, sin mayores trámites, la religión católica. Basta indicar que un número importante de matrimonios inter y extra miembros de la comunidad de origen árabe se dieron ante la ausencia de sacerdotes maronita y ortodoxo, práctica que también marcó el rumbo religioso de las nuevas generaciones. El tránsito de cristiano a católico, si bien como parte de un proceso que amerita un estudio más profundo, se puede decir que cubrió varias etapas y cismas dentro de los grupos, familias y generaciones de árabes yucatecos.

III) Comunidad sirio-libanesa y su integración a la sociedad yucateca

Hacia mediados del siglo XX, ocho décadas después de arribar a tierras yucatecas, algunos miembros de las familias de la comunidad árabe dieron muestras decisivas de su integración

a la cultura local. El establecimiento de diversos vínculos sociales y económicos con familias yucatecas de diversos niveles sociales (mediante empresas, matrimonios, padrinzos, militancia religiosa y demás), mostró que su inserción entre la cerrada y particular sociedad local marchaba hacia un definido estatus de mestizaje.

Esto implicaba, de forma concomitante, la adopción definitiva del idioma castellano como lengua base y del catolicismo romano como religión única por la totalidad de la población siria y libanesa de Yucatán. Entre 1941 y 1967, los patrones dominantes impuestos por la cultura católica (arquidiócesis) local en materia de culto se evidencian asumidos por la comunidad de origen árabe.⁹ Varios miembros empiezan incluso a destacar por estos años coadyuvando en la lucha política del frente católico anti-estatal y anti-PRI integrado a partir de la conformación del Partido Acción Nacional mediante iniciativa y apoyo de líderes

⁹ Cabe resaltar que esta aseveración no implica que miembros de la comunidad árabe yucateca no pertenezcan a otras iglesias cristianas (evangélicas por ejemplo) ya que, en última instancia, algunos destacan por el nivel de liderazgo que han alcanzado en estas iglesias.

católicos locales (diocesanos y laicos). De hecho, uno de los principales ideólogos del PAN, y primer alcalde no priista del siglo pasado de la capital, Mérida, estaba casado con una descendiente libanesa: Luis Correa Rachó y Sara Mena. Ambos incluso fueron dueños de una exitosa escuela primaria particular de abierta orientación católica.

El proceso, a su vez, llegó a un punto de culminación a fines de la década de 1980 con la edificación del templo y parroquia de Nuestra Señora de Líbano, advocación mariana católica que significó la confluencia definitiva de un importante y mayoritario sector de la comunidad árabe en la concepción y edificación de una parroquia considerada "propia" y signo inefable de su nueva condición social dominante por su ubicación al norte de la Ciudad. Así, mediante apoyos económicos constantes, los jefes de las familias libanesas más ricas financiaron la construcción de un templo católico tradicional regido y administrado por la Iglesia Católica Romana. Mejor pacto no podría tener, en todo caso, la propia jerarquía católica dentro de la dinámica y cada vez más influyente comunidad de origen árabe. En síntesis, un siglo después de llegar a tierras católicas dominadas por el liberalismo juarista y el autoritarismo porfirista, la vieja comunidad de origen cristiano maronita y ortodoxo estaba integrada a la cultura católica de la entidad.

El poder libanés

Sin embargo, a partir de lo señalado, no se puede establecer una hipótesis contundente sobre una pérdida definitiva de identidad o sentido religioso nacional de los pueblos árabes (sirio, libanés y palestino) que arribaron a esta zona de México. La asimilación o transición hacia el catolicismo romano significó más bien un

fortalecimiento de los procesos de identidad comunitaria al mismo tiempo que se fortalecieron los vínculos de identidad y pertenencia a la cultura mexicana, en nuestro caso dentro de los singulares patrones de aceptación y rechazo a lo otro de la sociedad yucateca.

Es más, la acumulación de poder económico de diversas familias de origen árabe, como punto de quiebre con la misma sociedad local dada su cercanía y apoyo al Estado y líderes de la clase política oficial (priista), fue uno de los tantos signos que marcaron el deslinde identitario de los descendientes de campesinos sirios y libaneses radicados en Yucatán al término del siglo XIX. A esa acumulación secular de poder económico y político el decir popular e incluso científico lo ha identificado con el otro proceso histórico de raigambre decimonónica, el de la *Casta Divina*, nombrándolo sólo ocasionalmente como la formación y repunte durante el siglo XX de la *Casta Beduina*.

Los libaneses y sirios que arribaron a Yucatán apostaron con fuerza a la consolidación de su posición económica, lo que en

menos de un siglo permitió transitar a muchas familias libanesas del sueño de clase social campesina con que emigraron a México, a una posición de clase pudiente neo-burguesa, influyente y poderosa en instancias económicas y políticas. Mientras en el ámbito público y comercial dieron muestras de avanzar a una adaptación dinámica y arrebatada, en sus espacios privados conservaron cierta nostalgia por la pérdida progresiva del sentido de origen, lo que por otro lado contrastó también con la débil convicción para recuperar su pasado u origen religioso nacional.

Hacia mediados del siglo XX la población de origen libanés había ya instalado en Mérida el *Club Libanés*, centro social en el que podían y debían convivir todos los miembros y familias de la comunidad árabe yucateca. Éste no tardó en convertirse en un referente básico, diferencial a niveles étnico y clasista, entre la población árabe libanesa y la sociedad yucateca en general. Al mismo tiempo, empezaron a detonar en el centro y barrios de Mérida como puntos de reunión y confluencia para todos los sectores sociales locales cafés,



D.R. Sergio Abud/Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas-Fototeca Nacho López. Nahuas de Tzinacapan, Puebla, 1979.

restaurantes y tiendas diversas cuyos propietarios ponían a disposición elementos de su cultura alimenticia. La cultura local registra, de hecho, una apropiación muy particular de ciertos alimentos árabes (el kepe o “kibi” en la expresión popular) dentro de la vida cotidiana del pueblo yucateco. Estos espacios abiertos terminaron por detonar aún más no sólo la identidad árabe propiamente dicha, sino la aceptación de todos los grupos sirios y libaneses entre la población de Yucatán.

El *Club Libanés*, por ejemplo, evolucionó a raíz de su fundación en Mérida de la connotación relativamente marcada por el ánimo y la intención de refrendar y recuperar la cultura libanesa nacional en la entidad, a un centro de reunión social y fuerte connotación ejecutiva, política y sobre todo empresarial. Así, este lugar de convivencia se convirtió en un punto de encuentro de todos aquellos sectores árabe-yucatecos vinculados o integrados a las familias y grupos de poder económico y político de origen libanés. El repunte del nacionalismo libanés, cuyo epicentro es básicamente la Ciudad de México, le ha dado un tono político más destacado a la cultura árabe en las últimas décadas. A reserva de que nuevos estudios identifiquen mejor los cambios sociales desencadenados por estos procesos simultáneos de integración y aceptación de lo otro, se puede señalar que los espacios recreados o construidos por la comunidad árabe libanesa de Yucatán buscaban preservar y fortalecer sus propios vínculos de identidad pero no un sentimiento amplio o total de patria; debemos decir, por todo lo dicho, que en realidad éstos se mantuvieron

en unos planos pero se desdijeron y perdieron en otros. Por ejemplo, los propios líderes de las familias libanesas más influyentes no impulsaron (o lo hicieron poco) que entre sus nuevas generaciones se formaran líderes culturales más ambiciosos: como personajes orgánicos a su propia raíz y tradición cultural. Es hasta fines del siglo XX y principios del XXI, que se registra la organización de agrupaciones de descendientes árabes, muy marcadas sin embargo por la pertenencia a la cultura mexicana.

Fuertemente vinculados con el poder político estatal, las familias y personajes más importantes de origen árabe en Yucatán terminaron integrándose e integrando a su propia comunidad a la lógica de funcionamiento de la cultura política y del poder mexicanos. Y si bien mantienen vínculos con la cultura originaria y el Líbano, en lo cotidiano se expresa a un nivel de recuerdo nostálgico, de pasado elocuente que en algún sentido refuerza y mantiene lazos y solidaridad relativa con la lejana y vieja patria: Monte Líbano. Ésta ya no conforma la matriz cultural que guía y construye la dinámica de la comunidad libanesa local, aunque sí perviven fuertes lazos de apego y solidaridad, sobre todo en momentos difíciles como en la agresión israelita al pueblo de Líbano del año 2006.

Presencia ortodoxa hoy día

La Iglesia ortodoxa, a través del sacerdote Cosme Andrade, se asentó en Yucatán a principios de la década de 1990; buena parte de la decisión de trasladarse a esta zona del sureste del país se debió desde luego al conocimiento de emigrantes

libaneses asentados desde poco más de un siglo atrás en la entidad. Empezó y hasta la fecha mantiene trabajo pastoral en la comunidad de Santa Gertrudis Copó, una población cercana a la ciudad de Mérida conformada básicamente por población de origen maya. A finales del 2007 se hizo público que la Iglesia Ortodoxa había ya empezado la edificación de un nuevo templo en la colonia Juan Pablo II de la ciudad de Mérida, colonia popular ubicada en terrenos en los que ofició misa el Papa del mismo nombre en su visita pastoral a Yucatán en agosto de 1993. El templo estaría a cargo de otro sacerdote ortodoxo que ya radica en Mérida.

Cuando el archimandrita Cosme Andrade inició su trabajo pastoral encontró además dificultades prácticas, pero también políticas para su desempeño. Aspectos como dificultades para el traslado desde Mérida, carencia de recursos económicos e infraestructura, incomprensión y hasta intolerancia de un sector del clero católico yucateco, hicieron muy complejo el arranque de su labor pastoral en la entidad. El apoyo recibido por familias poderosas libaneses le permitió, pese a esos obstáculos, superar algunas de ellas y estabilizarse en su trabajo pastoral en la comunidad referida. Progresivamente, además de los sectores de origen maya (niños en especial) que se acercaron a su misión, empezaron a asistir a los oficios religiosos personas de origen libanés residentes en la ciudad de Mérida. En la actualidad, después de diálogos y acercamientos interreligiosos, se puede decir que aunque pequeña en número la comunidad ortodoxa integra cada vez más a miembros de la comunidad de origen libanés.